



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

JOSÉ BOSCH



Tiene fama como actor;
no se achica cuando estrena,
y es notable director
de escena.

SUMARIO

TEATRO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Un día de vida..., por Eduardo Bestillo.—La poda humana, por José Jackson Veyen.—Meningitis, por Eduardo de Palacio.—La obra de un anarquista ó la bomba en el palacio, por Juan Pérez Zúñiga.—En el monte, por Sinesio Delgado.—Las cuatro esquinas, por Francisco Serrano de la Pedrosa.—*Nave más*, por Agustín Pajarón.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: José Bosch.—Servicio nacional.—Anuncios, por Cilla.



Ya casi nadie habla del proceso referente á los petardistas. La curiosidad pública está satisfecha y todos sabemos ya quién es Felipe Muñoz, por otro nombre el «ángel de las familias.» Merced á sus buenos sentimientos no ha volado el palacio de la representación nacional, ni nos vemos hoy convertidos en jigote. Gracias á él podemos dedicarnos á nuestras ordinarias tareas, porque es cosa sabida que Ferreira y Debats trataban de destrozarnos á todos por un procedimiento sumarisimo.

Antes de nada, habían ido casa por casa preguntando:

—¿Quién vive aquí?

—Pues vive un caballero viudo—contestaba la portera.

—¿Es burgués?

—Me parece que sí, porque usa una levita negra ancha y un pantalón verde claro.

—Basta. ¡Morirá!

Y señalaban la casa con lápiz rojo, á fin de destruirnos en un momento determinado.

Súpolo Felipe Muñoz, que es cariñoso, y fué corriendo á contárselo á la policía, con lo cual han evitado derramamiento de sangre y otros disgustos.

No me refiero á Felipe, pero ha habido un agente que fué á ver á la policía y le dijo:

—Sé que el anarquismo se agita desesperadamente.

—¡Me cachis!—contestó el representante de la autoridad.

—Y yo vengo á evitar desgracias por un precio módico.

—¿Cuánto quiere usted por la salvación de la sociedad?

—Deme usted cuatro pesetas y una cajetilla de veinticinco.

La autoridad tomó acta de estas revelaciones y fué corriendo á salvarnos, por lo que nos vemos hoy libres de todo peligro y dispuestos á seguir esclavizando á las clases menesterosas. De manera que el anarquismo seguirá pensando en nuestra destrucción y nosotros no nos enmendaremos. Antes al contrario, yo continúo ejerciendo mi autoridad de burgués empedernido sin darme cuenta de ello, y aun esta mañana dije á la doméstica en un momento de mal humor:

—Tráigame usted las botas.

—¿Dónde están?

—Básquelas usted.

—Pero...

—Básquelas usted... ¡proletaria!

Y ella me echó una mirada terrible, como diciendo:

—Deje usted que triunfe la sociedad *Cosmopolita*, y ya verá usted lo que es venganza.

Yo no tengo una peseta, pero según dicen los anarquistas, soy un burgués de tomo y lomo y debo morir sin remedio. Mil veces les he dicho que trabajo sin cesar y que tengan la bondad de respetar me el día de la degollación; pero ellos me contestan:

—¡Á ver! Enséñenos usted las manos. Tiene usted el cutis muy suave.

—Pues, sin embargo, trabajo como un peón para ganarme el sustento.

—¿Á qué se dedica usted?

—Á escribir artículos.

—¡Muera! ¡muera!—gritaron los anarquistas.

—¡Por la Virgen del Carmen!—repliqué yo.—Conste que no exploto á nadie y que mi trabajo es tan penoso como el de los albañiles.

—¿Trabaja usted en los andamios? ¿Arranca usted virutas? ¿Conduce usted bultos de una parte á otra?

—No, señor.

—Pues entonces usted no trabaja con las manos ni come el pan con el sudor de su frente. ¡Usted es un burgués!

En concepto de los anarquistas, todo el que no arranca virutas, ni trabaja en los andamios, ni conduce bultos, es un bribón, y bien sabe el cielo que yo me gano el pan con grandes fatigas y que soy una víctima de la explotación del hombre por el hombre; buena prueba de ello es lo que me pasa con los editores, á quienes estoy dando original todo el año, y el día que me pongo enfermo, contra mi voluntad, vienen y me dicen:

—¿Cuánto tiempo *pianta* usted estar en la cama? *Conviene* que se ponga usted bueno lo antes posible, porque ya comprenderá usted que yo no voy á pagarle si no trabaja.

—El caso es que tengo una calentura horrosa.

—Bueno, pues hay que destruirla cuanto antes, porque el periódico le necesita á usted; y si esto dura mucho, voy á verme obligado á quitarle el sueldo.

¿Qué más?

Yo era redactor de un periódico político perteneciente á un caballero muy fino que al parecer me profesaba estimación y siempre estaba echándome pipos y pasándome la mano por la parte de atrás del pescuezo.

—Me voy á Vigo—le dije en cierta ocasión,—pero seguiré escribiendo desde allí.

—Vaya usted donde quiera—me contestó.—Pues no faltaba más!

Yo me marché y allí me convidaron á almorzar unos amigos, entre los cuales había dos ó tres bastante brutos, y uno de ellos cogió un cohete, lo enterró en el suelo y le aplicó un cigarro encendido. El cohete estalló y me deshizo un ojo.

—Á la cama con él—gritó el médico al verme herido.

Y á la cama me condujeron para que me muriese en sitio blando.

¿Creen ustedes que el dueño del periódico político siguió abonándome el sueldo? ¡Quiá! El hombre se dijo:

—Este redactor no me sirve: por consiguiente, debo esperar á que se ponga bueno, y si se lo llevan los demonios, allá él.

El caso es que yo no he cobrado una peseta mientras duró mi enfermedad, y el administrador del periódico me escribió diciendo:

«Amigo mío, nadie tiene la culpa de que le hayan saltado á usted el ojo. Arréglese usted como pueda.

Por aquí no hay novedad, á Dios gracias. Á ver si se pone usted bueno para seguir trabajando y tenga usted confianza en la Providencia, que es generosa.

Mándenos usted un retrato, para ver cómo tiene usted el ojo, etc., etc.»

Ya ven los obreros que todos somos unos y que no es necesario arrancar virutas ni conducir baúles para pasar trabajos en este mundo.

Y sirva esta pública declaración para que me respeten los anarquistas el día de la matanza.

LUIS TABOADA.

Postdata.—Antonio Peña y Goñi ha publicado un libro titulado *De buen humor*, que merece leerse y que recomiendo á ustedes como cosa propia. Con comprarlo nada se pierde. ¿He dicho algo?—Vale.

UN DÍA DE VIDA...

En la calle del Turco y en piso quinto, dejando el entresuelo fuera de cuenta, vivía de la trampa mi Lucas Pinto sin pagar al casero ni un real de renta.

Debia doce duros al panadero, más de diez en la tienda de comestibles y nueve de chaletas al carnicero que de Lucas hablaba cosas horribles.

—«Si me dan pan y carne, llámame pillo, —
decla el *divergencia* para su sayo:
pero el *modus vivendi*, dulce y sencillo,
dió sin hará diez meses el dos de mayo.

El cabero se puso como una fiera
y entabló el de desalucio juicio tremendo,
y no hubo más fianzas de la ternera
y hasta el pan por las nubes se fué sabiendo.

Caseros, carniceros, panaderías,
se pusieron de acuerdo contra el tanante
que iba así, poco á poco, ganando días,
con su muy socorrido «Trampa adelante!».

Al verac el pobre Lucas en tal aprieto,
en el crimen pensaba y en el presidio,
y al fin guardó en el fondo, como un secreto,
la tremebanda idea del suicidio.

Como quien da un *sabazo*, pidió una tarde
prestadas á un amigo ciertas pistolas,
que hasta vistas en manos del más cobarde
de mil atrocidades hablaban solas.

Y, apretando convulso las armas fieras
que para el otro mundo dan pasaporte,
pensaba morir Lucas en las afueras
por no honrar con su sangre la Villa y Corte.

Peró de luz un rayo le abrió los ojos
ante el farol, anuncio de un prestamista,
y, con hambre atrasada, tuvo ya antojos
de seguir de sus trampas sobre la pista.

Las horribles pistolas dejó empeñadas,
se dió con seis pesetas un gran hanquete,
y aunque encontró en el catre duras almohadas,
gozó después un sueño de rechupete.

«Quien vive un día, vive, — se dice Pinto,
que no volvió á su negra misantropía,
y, con algo de ingenio y algo de instinto,
aún sigue de la trampa *viviendo el día*.

EDUARDO BUSTILLO.

LA PODA HUMANA

En *El Heraldo* de ayer
recuerdo que lo leí,
y aunque tan claro lo vi,
hoy no lo acierto á creer.

A cosas raras sucedidos
mi buen juicio pone tasa:
¡cuidado con lo que pasa
en los Estados Unidos!

«Un *sabio* á la edad de un *niño*;
un *perro* que *fuma habano*;
una *mujer* con *seis manos*;
un *hombre* con *cuatro pies*».

Todo lo raro está allí,
según la prensa ilustrada;
mas de lo leído, nada
como lo que ayer leí.

Hay un insignie doctor
que cifra su ciencia toda
y su esperanza en la *poda*
del cuerpo humano... ¡Qué horror!

Y tiene el hombre tal fe,
que si su salud se altera,
se amputa un miembro cualquiera,
pierna ó brazo, mano ó pie.

Y así llega á asegurar
que cortando ha de vivir,
pues no se puede morir
mientras tenga que cortar.

Desde luego me acomodo
á una vida prolongada;
pero ¡quién se corta nada,
si es tan necesario todo!

Con la *poda* bien se ve
que el tronco savia recobra;
que hay mujeres que les sobra
la lengua, yo ya lo sé.

Y si eso ha de prolongar
su existencia eternamente,
yo creo, naturalmente,
que se le deben cortar.

Hay hombre de tal pereza
que el tener piernas le enfada,
y hay tonto que para nada
necesita la cabeza.

Y hay escritor estapendo
que sin escrúpulos vanos
perdería las dos manos
y seguiría escribiendo.

En los casos definidos
declaro, amigo lector,
que opino con el doctor
de los Estados Unidos.

Y si se pone de moda,
mucho España ganará,
porque hace tiempo que está
haciendo falta la *poda*.

Para lo que hay, somos muchos
y abundan los *petardistas*.
¿Pues qué hacen los *anarquistas*?...
¡Eso, *podar* con cartuchos!

Pueden ustedes creer
que mi buen humor perdí
desde que el caso leí
en *El Heraldo* de ayer.

De la notable experiencia
me asombraron las primicias:
yo me trago las noticias
y yo respeto la ciencia;
pero comprendo, señores,
que la *poda* viene tarde,
y pido á Dios que nos guarde
de *petardas* y *doctores*.

JOSE JACKSON VEVAN.

MENEGILDO

«Pobre chico
el que tiene que servir».

No son ellas solas las víctimas de la suerte, las que tienen que servir.

También nosotros somos víctimas, también servimos, en buena hora sea dicho, porque prueba que disfrutamos salud cabal.

Hay *Menegildos*, sí, hay *Menegildos*.

Que viven halagados por la señora respectiva, hasta que el amo les pone en la calle, por envidia de su virtud.

¡Ah! ¡Cómo está el servicio doméstico!

He conocido un ejemplar de víctima, un *Menegildo*.
¡Pobre joven!

Medía veinte años escasamente, que no siempre ha de ser contaba, y más de cuatro dedos sobre la marca personal.

Fuerte y robusto como una caballería, de entendimiento también como una caballería ó como otra.

Vino á Madrid sin recomendaciones, sin influencias, sin estudios, sin una peseta.

Se encontró en la Plaza Mayor, y en la Puerta del Sol, y en la casa de fieras, como si hubiera caído del cielo.

Un «paisano» le proporcionó el ingreso en una cuadra de buena familia, esto es, en la cuadra de un título de Castilla la Nueva, en clase de ayudante para la limpieza del «mobiliario».

Peró aquél no era marqués por sus aspiraciones.

El chico entlaguecía por momentos, y había perdido el color de su tez.

Ni repetía ya el eco de la cuadra la melodía de su canto, ni osaban hablarle los paisanos que le velan.

—¿Qué tienes, oh?—le preguntaba el cochero alguna vez con suma finura y delicadeza —Lévetelo demo, que parece que estás *embrucado*.

Por fin, un día ocurrió una escena que determinó la salida de *Menegildo* para otro puesto.

No hay mal que por bien no venga.

Hallánlose solo el mozo con los caballos, y valiéndose de la prudencia de éstos, metió mano, según costumbre, á la cebada y á la paja.

En este momento entró el lacayo y sorprendió á *Menegildo* con las manos en la masa.

El mozo, avergonzado, trató de sincerarse.

Peró el lacayo inflexible, repitiendo: «Lo que yo no hago has de hacer tú? ¡Bruto! Así notaba yo que los caballos adelgazaban».

Y dió parte al mayordomo de que *Menegildo* comía paja y cebada.

Excentricidades del genio.

Menegildo entró á servir á un matrimonio rico, aunque feo. La señora empezó á distinguírle desde el primer día.

—*Menegildo*, agua.

—*Menegildo*, póngame luz en mi cuarto.

—*Menegildo*, ¿qué tal día hace?

—Echeme usted vino, ó café y leche.

—Peró mujer—observaba el marido,—que le vas á reventar en cuatro días.

—¿También eso te incomoda?

—No, mujer, no; úsala, pero con comedimiento.

Menegildo pasaba días atroces, y aun las noches también empezaban á ser para él terribles.

Por otra parte, su situación social mejoraba visiblemente.

Estaba de ropa mejor que su amo.

Empezó la señora regalándole las prendas desechadas por su esposo y concluyó por regalarle las prendas sin estrenar.

—Mi gusto sería que lo estrenaras todo—le decía con efusión.

Y *Menegildo* se estremecía involuntariamente, viendo la cariñosa solicitud y la fisonomía de su señora.

El amo era una fiera.

Por la falta más leve sacaba el revólver.

Peró le guardaba lo mismo que le había lucido, sin cápsulas.

Menegildo empezaba á vivir intranquilo, alarmado, entre marido y mujer.

El le dirigía miradas penetrantes al tiempo mismo que acariciaba el revólver ó un cuchillo de monte que se había comprado para andar por Madrid con alguna seguridad por mor de los *átropos*.

Y aun alguna vez no podía contener una especie de ladrido al tropezarse con *Menegildo*, que reía como un tonto.

—¡No te rías, *Menegildo*, no te rías, animal!—gruñía furioso el amo.

En presencia de la señora le trataba con sumo cariño.

—Peró ¿qué le pasará á este tío?—se preguntaba el muchacho. Ella, por el contrario, le decía suspirando con fuerza:

—¡Ay, *Menegildo*! ¡Cuán felices podríamos ser... mi esposo y yo! El chico pensaba:

—¿Y á mí qué me cuenta usted?

—*Menegildo*—le dijo por fin un día,—¿qué hermoso eres!

Había luchado hasta entonces y no pudo contenerse por más tiempo su virtud, que «se la desbordaba».

Menegildo salió de la habitación avergonzado.

—¡*Menegildo*, vamos aquí!—gritó el ama, ya en el delirio.

Algunos meses después la viuda de Caralampio era la señora morganática de *Menegildo*.

Se habló de un crimen.

Peró no fué cierto.

Caralampio murió á consecuencia de un golpe que recibió torciendo en una becerrada entre amigos todos de clase.

Menegildo llegó á personaje.

¡Peró cuántos se desgracia antes!

—¡Un hombre—como decían sus paisanos—expulsado de una cuadra por comer paja y cebada! Hay una Providencia para los brutos.

EDUARDO DE PALACIO.

SERVICIO NACIONAL



Resultó que D. Fulano de Tal tuvo hambre cuando acababa de pasar el tren por la estación de Mingorría.



Y como viajando no le sentaba la comida sin agua de seldtz, echó mano al sifón...



Pero el agua se había echado a perder con el traqueteo sin duda, y D. Fulano, que tenía mal genio, fué y la tiró por la ventanilla.



Pocos días después un pastor sencillo se encontró con una máquina infernal entre unas matas.



Y echó a correr al pueblo más próximo a llevar la fatal noticia.



Que oye el señor alcalde con el agrado que es de suponer.



Al fin, después de grandísimos trabajos, la autoridad logra que la acompañen en sus pesquisas los vecinos más valientes del pueblo.



Una vez descubierta el objeto misterioso, se acuerda por unanimidad... envíeselo al veterinario para que diga si aquello es ó no es una bomba explosiva.



El alguacil cumple su difícil misión con el tacto que le distingue.



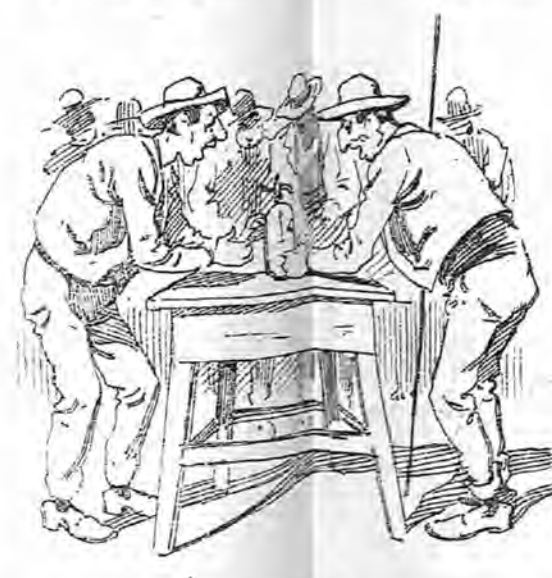
Y el veterinario, á solas con su conciencia y con el aparato destructor, lo examina con las precauciones convenientes.



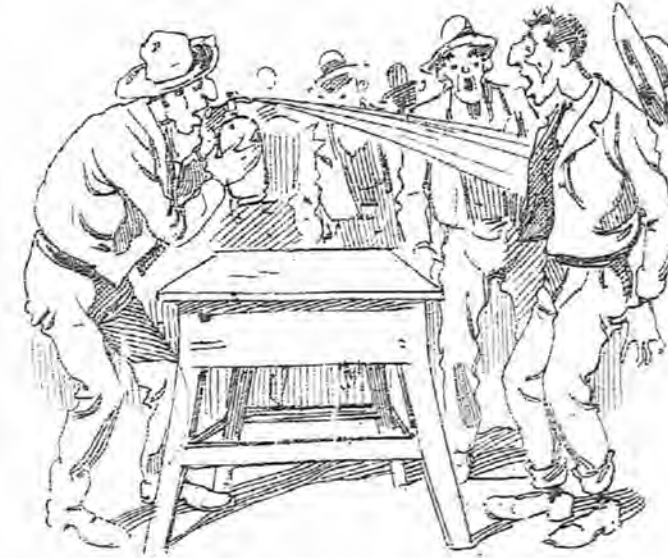
Y decide devolverlo al señor alcalde, participándole de paso que aquello no es de su incumbencia.



La autoridad, comprendiendo su deber, manda que se cite á todos los individuos del ayuntamiento.



Que se reúnan, haciendo de tripas corazón, resueltos á morir heroicamente antes que quedar como unos gallinas.



Pero penas comenzad s las manipulaciones preparatorias, la máquina hizo explosión, como era de suponer...



«Alcalde á gobernador: Participo á V. S. que, encontrada una bomba explosiva en este término municipal, ha estallado en el momento de reconocerla, sin que en este instante se puedan precisar las circunstancias. Espero que V. S. recompensará este servicio...»

LA OBRA DE UN ANARQUISTA
LA BOMBA EN EL PALACIO

—Hola, Gil.
—Adiós, Blas. ¿De dónde vienes?
—¿No lo vas á soplar?
—¿Qué cosas tienes!
—Yo quiero que lo *amore* mi Venancio;
porque *quiere* me pide la ganancia
y se me queda *de* pagar la cuota
del *Círculo anarquista* ni una marta.
—Comprendo.
—*Fus verás*. Esta mañana
me llegué á la taberna de la Rita
y allí me conté un huevo.
—¿Valor se *avacila*?
—Y después me marché al palacio nuevo
que tiene la condesa de la Rana
en *avila* de la Fuente Castellana,
llevando, en compañía del *Grapo*,
una bomba cubierta con un trapo.
Llego al sitio. La puerta estaba abierta
y me cuelo enseguida por la puerta.
Arrimado al *Gazapo*, que es muy listo,
me interno en el jardín, y poco á poco,
armado de la bomba y sin ser visto,
en el sitio oportuno la coloco.
¿Qué de angustias pasó! ¿Cuántas rabistas!
Ya sabes que no sirvo para el caso;
mas no me achico si me sale al paso
la ocasión de ganarme unas pesetas.
—¿Pero no te prendieron
los criados?
—¿A mí! ¿Qué! Los chavales,
cuando salí de allí, ¿sabes que hicieron?
Pues ponerme en la manotreta reales.
—¿Y ha estallado la bomba?
—¿Buena es esa!
¿A tí se te ha subido el aguardiente!
¿Si la bomba que he puesto mayormente
es una bomba inglesa
aspirante-impelente,
que arreglé yo en la fragua
para sacarle á la condesa el agua!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EN EL MONTE

«Para y óyeme, ¡oh conejo
que vas por los matorrales
incautamente gozando
de tu libertad salvaje!
No en mi presencia te asustes,
no de mis voces te espantes
y escucha de quien te quiere
los consejos saludables.
Ten cuidado cuando corras,
abre el ojo cuando marches,
que es probable que te acechen
y es posible que te cacen.
Mira que el conejo es cosa
nutritiva y saludable
y hay quien talores y flávices
aguanta por atraparle.
Y si por el bosque lucen
vivezas, garbo y donaire,
el hombre, que es egoísta
con los demás animales,
prefiere ver tus pedazos
en la casaca bameante
con ruin acompañamiento
de patatas y tomates.
Tú habrás creído que Jove
vertió el arroyo en su cauce
por que en su espejo te miras
y con sus aguas te laves,
para que engordes, la hierba,
para que vivas, el aire,
para que duermas tranquilo,
fresco y mollido follaje,
praderas para que juegues,
peñascos para que saltes
y roncjas distinguidas
para que loco las ames.
Pues has de saber, conejo

inocente é ignorante,
que el hombre, que es de los seres
el más listo y el más grande,
ha descubierto que todo
cuanto te ayuda y complace
no creó naturaleza
por el gusto de agradarte,
sino para hacer salrosa
y delicada tu carne,
para que él con ella luego
se regodee y solace.
Por eso inventó los lazos
en que tus parientes caen,
las redes en que se atascan
al salir de sus hogares
y un aparato terrible
que envía bolas mortales
que agujerean las pieles
y los pulmones deshacen.
Anda, pues, con pies de plomo,
ya que por el monte sales,
no hagas caso de los perros
aunque te inciten y ladren;
y si notas que te apuntan,
echa á correr el instante,
ó caerás asesinado
por un traidor miserable,
que además se dará tono
por la gracia de matarte!»
Esto decía á un *grapo*
un protector de animales
que no llevaba escopeta
y le veía escaparse,
pensando pindosamente
mientras solaba el romance:
«Ya que yo no te oche mano,
que no te sabe mano nadie!»

SINESIO DELGADO.

LAS CUATRO ESQUINAS

Parece natural que al jovenzuelo provinciano de quince ó diez
y seis años, harto de leer *El Diablo Mudo*, ojoso, pálido, flacu-
cho, desgastado; admirador extático de las puestas de sol, perse-

guidor tenaz de las mariposas, de las flores y de la caja de ci-
garros habanos de su señor padre, le gustase extraordinaria-
mente... esto es flojo; le hiciese perder el juicio... tampoco; el
chico aún no tiene juicio; le enamora (ésta es la palabra) la
inmaculada y pudorosa niña de catorce ó quince años, fresca,
inocente, esperanza de cuerpo y de alma; y que, sumados estos
dos idealismos de quince años, compusiesen el más puro y cán-
dido de los idilios.

No sólo parece natural, sino también justo y conveniente. Ya
que la única manera de perder el tiempo agradablemente en
este mundo es perderlo con la mujer, que sea de un modo deco-
roso.

Pero el chico es de otra opinión. El chico, á la hora de ali-
mentar la imaginación, se atraca de arboleras y pajaritos mul-
ticolores y ansiedades vagas y anhelos infinitos; en una palabra,
parece que lleva á Pérez Escrich metido en el cuerpo; y á la
hora de amar se encuentra perdida y secretamente enamorado
de una tía suya, señora de un comandante, fresca, guapota y
mujer de peso.

Ateme usted esos cabos.

El chico no puede remediarlo; él llora con el *canto á Teresa*,
aunque no lo entiende todo; él se embriaga con el perfume de la
azucena; él se arroba ante un paisaje espléndido de luz y de co-
lores; él, en fin, se tiene por más poeta que Apolo; pero donde está
su tía, boca abajo todo el mundo.

¿Y qué proyectos!

El encontrará una frase en la cual pueda condensar todo el
fuego, toda la admiración, todo el amor que su tía le inspira;
irá á casa del comandante á la hora en que éste va al Casino;
cogerá sola á la tentadora pariente. Le cual sentirá una emoción
insólita á la vista de su sobrino, transfigurado, *revelado* por la pa-
sión; ella instintivamente tratará de huir, pero él le cerrará el
paso, cayendo ante ella de rodillas; y cuando sus labios exhelen
el ardor de su alma envuelto en la tremenda frase, *ella*, súbita-
mente abrasado su corazón, inflamado su espíritu, loca su cabe-
za, caerá en brazos del sobrino derramando ardientes lágrimas.

(Véase la continuación del párrafo en Tarrago y Mateos.)

Después concertarán la fuga... no; después se limpiarán la
cara, ¡digo yo! y luego vendrán la fuga y la lucha á muerte con
el ministro de la Guerra.

Estas pasiones volcánicas suelen morir en flor. Bien porque
aún no se ha marchado el tío y se lleva consigo al sobrino obli-
gándole á describir ante los amigos del café la pila de Volta,
de lo cual se sigue una acalorada discusión sobre si tenemos
alma ó tenemos solamente *injundia*, bien porque la tía huele lo
que le pasa al sobrino, y le da un bofetón de tía y muy seño-
ra mía.

Sin perjuicio de contárselo después á su hermana, haciéndose
cruces ambas señoras de la precocidad del muchacho y, para de-
cirlo todo, un poco halagada la madre por la calaverada del chi-
co y no muy contrariada la tía por haber sido objeto de aquel
primer amor. Ello es que lo confidencia acaba con grandes risas,
mientras el desesperado joven se da á la pila de Volta y se sui-
cidaría acto continuo, si no tuviera la esperanza de ir á los to-
ros la semana próxima.

Si lo llega á saber el tío, ya es otra cosa. También lo echa á
broma, pero en cuanto el chico da el primer motivo, recibe un
puntillito de comandante, que le hace ver las estrellas, aunque
no precisamente en la bocamanga.

Y hasta de chico y jamona: vengamos al caso opuesto, al caso
de viejo y niña.

Es tan ilógico como el primero.

Parece natural que el hombre maduro, desengañado, tranqui-
lo, enemigo de bobadas, admirador de la sutileza de ingenio,
aficionado de las mujeres coquetas; el hombre, en fin, á quien
gusta más la salsa que los caracoles, se vuelva tarumba en ma-
nos de una mujer sabia (de lo único que sabe, tratar á los hom-
bres), experta, fácil de manejar (la sabiduría llega hasta fingir
eso); y que sumados estos dos atucados paladares, gusten del
amor con igual encanto que si Salomón se hubiera casado con
la diosa Minerva.

¿Sí? Pues ¡buenas y gordas!

Es decir, ni buenas ni gordas; porque las que quitan el sue-
ño al señor de Rodón son las fregoncillas de su casa.

No hay para qué decir que la señora de Rodón cambia de
criadas cada mes y que la infeliz no tiene punto de reposo, en
cuanto entra en la casa una chiquilla medio regular.

Las comidas particularmente son dignas de ver.

Los ojos del señor de Rodón tienen una agilidad de gato acosa-
do; y las miradas tan pronto fingen reposar tranquilamente
en el estofado, como saltan en un desouido de la señora á los
hombros de la sirviente, volviendo á fijarse inocentes en el ta-
pón de la botella del vino; con expresión tan grave y cavilosa,
como si Rodón pensara en comprar los alcornocales de Extre-
madura y acometer decididamente la industria taponera.

La señora suelta una indirecta y el señor de Rodón tarda
mucho, demasiado, en comprenderla.

Procura enfadarse lo menos posible y se encuentra siempre,
sin procurarlo, en los alrededores de la cocina.

Ya entra á preguntar si estará pronto la comida, ya se en-
cuentra sin cerillas y tiene que recurrir al fogón para encender
el cigarro, sin permitir que su mujer sostenga la brasa, apesar
del empeño de ella en prestarle ese servicio.

Las torpezas y las insolencias de la chica tienen en Rodón un

defensor habilísimo. Nunca toma la defensa de frente, porque sabe que se haría sospechoso. Da mil rodeos y se vale de mil subterfugios para venir á parar á un juicio favorable á la chiquilla.

Lo malo es que la señora ve venir el cogollo y no muerde en las hojas.

Y hay que tener en cuenta que estos amores se malogran indefectiblemente... cuando están á punto de lograrse.

El día en que Rodón tiene más esperanzas, es el día en que despiden á la muchacha.

Y así anda este mundo tan desarreglado entre muchachos y jamonas, hombres maduros y chiquillas.

Y entre estas cuatro esquinas se ve siempre, novio, marido ó tío, algún prójimo pidiendo lumbre, sin escuchar otra cosa que el corasabido «á la otra esquina.»

Porque nunca como en esto se practica lo de «al prójimo contra una esquina.»

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

RARA AVIS

Por último, tras muchas evasivas, logré que, condolido de mis ruegos, consintiese una tarde que, en su casa, nos viéramos siquiera unos momentos. —Mira— me dijo al contemplarme á solas,— esta noche pasada tuve un sueño que, si Dios sólo inspira cosas buenas, él lo debió inspirar, ó poco menos. Estaba yo en mi cuarto, silenciosa, abstraída, suspensa, sin aliento, en uno de esos ratos en que el alma nos forja mil ideas sin concierto, cuando de pronto, celestial, divino, el arcángel Gabriel, el aire hendiendo, con un hermoso niño entre sus brazos, dirigiéndose á mí, turbó el silencio: «Allí te dejo esta tierna criatura, por mandato de Dios sumo y eterno; con ella encontrarás días felices que premien tus afanes y desvelos.» Y el candoroso niño, sonriente, oía á la visión con embeleso, y no cesaba un punto de mirarme con aquellos ojitos entreabiertos. Después, el ángel, sin pedir mi venia, se acertó de improviso hasta mi lecho y, dejando el infante dulcemente, se fué sin replicar de mi aposento. Luego me desperté y, al verme sola, ¡mi pena y mi dolor fueron inmensos! —¿Y ahora?—interrogué por decir algo.— Ahora, cada vez que lo recuerdo, se me agolpa la sangre á la cabeza y me pongo muy mala de los nervios: que hay cosas que, por más que una se esfuerce, no pueden olvidarse por completo.— Y á la par que decía estas palabras, cubríame de abrazos y de besos.

Yo no sé qué pasó, mas á mi mente acudieron tan tristes pensamientos... Medité en esas pobres infelices que viven sepultadas en el cieno, llorando sin cesar toda la vida un instante no más de devaneos. Y recordando entonces que mi madre quizá me contemplaba desde el cielo, me alejé impresionado de aquel sitio, no sé si por virtud ó si por miedo.

Y al ruido que al cerrarse hizo la puerta, me pareció escuchar, con gran misterio, dos voces que llegaron á inspirarme pertinaz y cruel desasosiego: el deber, que decía: «Eres honrado,» y la maldad, que me gritaba: «¡Necio!»

AGUSTÍN FAJARÓN.

CHISMES Y CUENTOS

Nuestro amigo y distinguido colaborador D. Antonio Peña y Goñi está de enhorabuena dos veces, ó de doble enhorabuena, ó... en fin, como mejor se diga.

Ha leído su discurso de recepción en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, discurso que ha merecido unánimes elogios por la valentía de la forma y la novedad del intento; y poco después ha coleccionado una parte de sus artículos en un libro titulado *De buen humor*, que ha tenido, como era de esperar, un gran éxito.

El último artículo de la colección, *Tra la perduta gente*, es un verdadero prodigio de habilidad y gracia. ¡Como que en él se describe, salvando con gran ingenio las escabrosidades, un baile del Liceo Rías, de esos en que lucen su donaire los caballeros que se pintan!...

En fin, el caso es que ya tenemos en la casa un académico de la de San Fernando.

Al cabo, después de revolver cielo y tierra, parece que se ha dado por concluido el sumario en la causa llamada de los dinamiteros.

No sabemos lo que resultará de él; pero tal ha puesto la prensa las cosas, que estamos á pique de creer que los dos infelices sorprendidos junto al Congreso, con las bombas bajo los brazos, eran dos querubines recién llegados de la gloria, á quienes han engañado los pícaros hombres.

Y que llevaban los aparatos mortíferos por equivocación.

Ellos creían que iban á repartir caramelos de la Mahonesa.

Las dos composiciones cortas publicadas sin firma en la sección de *Chismes y cuentos* del número anterior son de D. Carlos C. Catalá.

Por un olvido no apareció el nombre de su autor en el sitio correspondiente.

Pero lo avisamos ahora, y... nunca es tarde, si la dicha es buena.

Sellés ha reformado

Las vengadoras.

¡Cosa rica resultan

esas señoras

sobre la escena!

El arte está por eso

de enhorabuena.

Los socialistas de Valencia han tomado, entre otros acuerdos, el siguiente:

«Reunirse el 1.º de Mayo por la tarde en el paseo de la Alameda para *codearse con los burgueses.*»

¡Ángeles de Dios! ¡Qué cosa tan terrible se les ha ocurrido!

Es lo que dicen las mujeres cuando las llaman feas:

—¡Pues por donde las guapas me paseo!

Ahora falta una cosa: que los burgueses no vayan á la Alameda el día primero y los obreros se contenten con codearse unos con otros.

Y con Dios, que está en todas partes.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Cerina.—Vamos á copiar unos cuantos:

«¿Te acuerdas quizás mi buena Elvira

cuando en días de feliz memoria

corrías tu junto conmigo

en pos de algazara y alegría?...»

¡Ay! Ya se ve que, como usted mismo dice, son de un joven que nada vale y nada espera.

Sr. D. A. M.—Oviedo.—No sé si usted acabará bien, pero empezar empieza como todos.

El Pelón.—¡Si usted calculara, señor de Pelón, cuán poco me gusta la composición!

Z. C. O.—*Aquella* no merecerá más que unas coplas vulgares, pero el público sí, ¡caramba!

Cuchufletas.—Sí que ha acertado usted. A no decir nada de provecho en unas cuantas líneas.

Latigazos.—Tampoco entiendo lo que ha querido usted decir con eso, ni qué metro emplea usted al fin y al cabo.

Terminófilos.—De un defecto adolecen los telegramas, de no tener intención ni gracia. ¡Dios se la conceda, si les conviene!

¿Es admisible?—La parte política es inocente y el final adolece de sensiblería *inesperada*.

Fray Cañón.—Es un soneto que no está mal medido, pero que no dice nada de particular, no tiene todas las palabras apropiadas precisamente.

Métele.—Tener gracia diciendo porquerías es la cosa más fácil del mundo. ¡Y ni aun así la tiene usted! La medida de los versos también está en plena anarquía.

El que asó la manteca.—Y además no contó las sílabas ni dijo más que vulgaridades.

El figu enamorado.—Puesto que usted ha partido del supuesto de que se iba á publicar la composición, no quiero desairarle del todo, y copiaré un par de estrofas. Allá van:

«Á LUIS TABOADA

Salbe, esbelto escritor

querube y angelical

que escribes con tanto pudor

siendo gracioso y formal.

Haces bien en censurar

cunqu con mucho gracesco

al señor de Pesebrín

porque es hombre muy grotesco.»

Pues... ¡para gracesco, el que le ha concedido á usted el Creador del mundo!

Sr. D. J. A.—Bilbao.—Macho siento no poder complacerle, pero lo que encarga es tarea punto menos que imposible, porque no conservamos las colecciones de los diarios.

Gariñay.—No es publicable.

ANUNCIOS

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las más célebres escenas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadrada.

Precio: 50 PESETAS

Los pedidos se sirven bajo certificado, á vuelta de correo.



—Alto, niños! ¿Dónde vais?
—¿Dónde vamos? A beber
Cognac en el de Moquer,
á la vuelta de Avansays.
Carmen, 10.



Pa trajes de rechupete,
Escudero y Navarrete.
Pa sastres de cuerpo entero.
Navarrete y Escudero.
Plaza del Angel, 15.



Con mala dentadura
no hay buena digestión.
¡Venid á Tirso Pérez,
que os da la salvación!
Mayor, 4.



—¿Qué aroma quieres tener
en tu camarín, sultana?
—Pues... perfumes de la Per-
fumería Americana!
Espoz y Mina, 26.



—Si el reloj se te ha ro-
pido, mamá, no llores por eso,
porque Brañas lo compone
y queda mejor que nuevo.
Matute, 13.



De Siberia al Senegal
Julio Verne no ha encontrado
un aguardiente anisado
mejor que el de El Imparcial.
Vicente Lóbez. —Zaragoza.



Este pantalón inglés
de Pesquera, llegará
en el año noventa y tres
tan llamante como está.
Magdalena, 20.



—¿Sabe usted lo que se prepa-
ra en todo el mundo para el día
1.º de Mayo?
—¿Qué?
—Que se van á levantar los
socialistas.
—¿Si tuvieran todos camas del
Bazar de la plaza de la Cebada,
número 1, no se levantarían;
porque preferirían quedarse en
su casto lecho!



—Díme, Carlos, el premio que ansias
si te aprueban hoyáño en francés.
—Un abono de Las Tullerías
de cincuenta pesetas al mes.
Matute, 6.



Lo han dicho las Pitonizas
y Brahmanes y Brabmines:
No hay en el mundo ramizas
como las que hace María José!
San Sebastián, 2.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

magnesia Villegas
Granular Efervescente
Frasco 5 reales
Plaza del Angel 16. Perma

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50;
año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el
extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro matno, letras de fácil
cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero deracha
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DÍAZ Á CUATRO